

Gregorio León

EL ÚLTIMO SECRETO
DE FRIDA K.



En Ciudad de México roban un cuadro atribuido a Frida Kahlo. Cuando la detective Daniela Ackerman viaja desde España para encontrarlo se tropieza con algo sorprendente: el lienzo oculta el último mensaje cifrado de la pintora mexicana referente a su intenso romance con León Trotsky, el hombre que hizo triunfar una revolución. Mientras Daniela Ackerman sigue el rastro del cuadro, en una antigua refinería de las afueras aparecen los cuerpos mutilados de varias bailarinas con la imagen de la Santa Muerte tatuada en el pecho izquierdo. Al mismo tiempo son atacados los altares de esa secta religiosa rival del Vaticano. El autor de los ataques simplemente deja una nota: «en nombre de Dios».

A Ella, que me susurra todas estas historias,
después de pintarse los labios.
Y a mi madre, obviamente.

La Santa Sede, a través del boletín de la oficina de prensa, ha mostrado su preocupación por la expansión que está teniendo en Latinoamérica el culto a la llamada Santa Muerte. En México, por ejemplo, crece la devoción a esta figura, un esqueleto solo vestido por una túnica. Narcotraficantes, policías o abogados acuden a ella para pedirle favores. Su santuario, situado en el barrio de Tepito (a pocos metros del corazón administrativo del Distrito Federal), es un lugar de peregrinación, como pueda serlo la tumba del Apóstol Santiago. El Vaticano avisa a sus feligreses del peligro de que se extienda este culto, que califica de satánico.

El País, 24 de febrero de 2006

Ayer, rodeada de polémica, fue inaugurada en el Palacio de Bellas Artes la exposición «Frida. 1907-2007. Homenaje Nacional». Decenas de manifestantes se concentraron a las puertas del recinto cultural y gritaron ¡cucarachas, cucarachas! a los miembros del PAN, partido que se impuso en las últimas elecciones, impugnadas por fraudulentas. Los manifestantes quisieron así recordar que Frida Kahlo militó en las filas comunistas para combatir contra la derecha y el fascismo.

El Universal, 21 de junio de 2007

UNO

TODO HA OCURRIDO MIENTRAS EL OBISPO LE HACÍA el amor a Zoila. El esqueleto está completamente destrozado, como si hubiera pasado por allí una manada de rinocerontes. Los huesos se mezclan con jirones de la túnica que antes cubría al esqueleto. Varias velas han sido aplastadas con violencia, y la cera forma ahora una especie de boñiga blanquecina.

Para cuando el Obispo ha podido agarrar lo primero que ha encontrado a mano, de la imagen de la Santa Muerte apenas queda un polvillo que inunda el altar.

Nada más entrar a la parroquia, al inspector Machuca le ha azotado un vaho caliente. No contesta al saludo marcial que le hace Figueroa. Se concentra en analizar la situación. No sabe qué le escandaliza más, si el esqueleto hecho papilla o ver al Obispo en paños menores.

El Obispo tiene toda la furia del mundo concentrada en los ojos. Está tan enfadado que ni siquiera es capaz de abrir la boca. El único que habla, después de dar una vuelta por la parroquia, cámara en ristre, es Figueroa.

—Algún cabrón nos quiere joder.

Con su pelo largo, su pendiente clavado en la oreja, Figueroa más parece un cantante que un policía. Pero Machuca ha tenido la mala suerte de que nadie le dé talento ni para lo uno ni para lo otro, y de que se lo hayan asignado como compañero de trabajo en la comisaría.

—En nombre de Dios —lee por vez primera el inspector.

Entre los huesos machacados sobresale una tarjetita de papel con la frase, escrita con letra pulcra, muy cuidada.

–Quien ha hecho esto es un tipo de letras, un hijo de puta culto –piensa el inspector Machuca, tras realizar el primer examen.

Lo segundo que piensa es que alguien odia a la Santa Muerte más o menos como él odia a la fiscal Chacalita.

–¿Quién diablos ha cometido esta barbaridad?

El Obispo no sabe si la pregunta va dirigida a él o se la ha hecho el inspector a sí mismo. Pero él tampoco tiene una respuesta. A esa hora debería estar viendo los pechos desnudos de Zoila, y sin embargo, lo único que ve es la imagen de la Flaca hecha pedazos.

Huele a patio de gallinas y a incienso. Al inspector Machuca le cuesta trabajo pensar. Y mucho más en esas circunstancias, con la imagen de la Santa Muerte completamente destrozada. Pero hace un esfuerzo y se vuelve a repetir la pregunta. ¿Quién ha podido hacer aquello? Alguien con buena caligrafía, y con muchos huevos, o mucho odio. Había que tener valor para entrar allí. Allí, donde la palabra clave es cuerno ele chivo; allí, donde todo se vende y se compra, empezando por la vida; allí, donde lo único que te vale es estar protegido por la Santa Muerte. Todos le rezan, amparados por La Flaca, la única esperanza cuando ya no hay esperanza. Cuando ya no puedes esperar la caridad de Dios o de los hombres.

Pero la Flaca está, ahora, hecha cisco.

Machuca no se quiere ni imaginar cuál va a ser la reacción del barrio cuando la noticia se extienda. Porque primero llegará la incredulidad, pero después... Después puede pasar cualquier cosa. Sin conocerlo, el inspector siente compasión por el tipo que ha cometido ese estropicio. El Obispo sigue evaluando el desastre, sin saber dónde poner las manos, estrujándose los dedos. Nunca lo había visto así, medio desnudo. Tiene las carnes flojas y se le descuelgan unos michelines que la sotana le disimula.

Viéndolo así, es difícil que cualquier fiel le hiciera caso, y sin embargo, desde hace varios meses es el apóstol del barrio bravo.

–Si quieren pleito, habrá pleito.

Los ojos, llenos de ira, subrayan la frase. El Obispo la repite varias veces. Parece que es incapaz de decir o pensar otra cosa. De nuevo, Machuca le mira las manos. Ahora no se ofrecen generosas, repartiendo los dones de la Santa Muerte, que todo lo arregla, lo posible y lo imposible. Ahora se cierran formando un puño. Sea quien fuera, pagará por ello, decía ese gesto.

El inspector se desentiende del Obispo. Los ojos recorren la zona principal de la parroquia. Sorprende a Figueroa persignándose ante el altar destrozado de la Santa Muerte. Lo ha hecho de una manera muy rápida, como si no quisiera que nadie se diese cuenta. El inspector duda durante varios minutos si lo que ha visto es de verdad o solo una ilusión de su mente. ¿Es que hasta Figueroa le tenía devoción a la Santa? Machuca aparta esa idea de la cabeza. Saca un cuadernito del bolsillo trasero del pantalón y toma unas notas, por mero trámite. Cuando salga de allí, no sabrá por dónde empezar porque es un caso totalmente nuevo. Una cosa es que maten a un tipo, se entierra y ya está. Un muerto más. Pero un ataque al Santuario de la Santa Muerte es más grave.

Quiere creer que aquello no era otra cosa que una broma macabra.

En nombre de Dios, relee la tarjetita. Sonríe. Tonterías, esto son tonterías. A fin de cuentas, él tiene cincuenta y tres años y una hija muerta. No puede creer en Dios. De hecho, no cree en nada. Si acaso, solo en su equipo, y su equipo pierde todos los partidos, parece identificarse completamente con el inspector Machuca, que ahora agarra el trocito de papel. Lo examina y después levanta los ojos. Tiene delante al Obispo, que lo invita a entrar en su despacho. Figueroa ve entrar a su jefe, con gesto resigna-

do. El Obispo da un par de vueltas alrededor de una silla antes de descartarla. Luego se detiene frente a un estante de libros, como si quisiera buscar allí la frase oportuna que requiere la situación.

Pero no le hace falta buscar en ningún sitio. Después del impacto inicial, la imagen de la Santa Muerte convertida en nada, la sangre empieza a correrle por las venas a la velocidad de siempre. Y la velocidad de siempre es alta, como sus pensamientos.

–Nunca pensé que Roma llegara tan lejos.

El inspector lo mira, sin entender. El Obispo se da cuenta.

–Pero ya no somos solo una piedrecita en el zapato que calza Roma. Somos un enemigo al que hay que eliminar.

Machuca aún entiende menos estas palabras del Obispo, a pesar de que las ha lanzado con mucho aplomo, como si fuera capaz de borrar de su mente el panorama que hay detrás de la puerta de su despacho. Por si acaso, para recordárselo, un rumor de voces se mezcla con gritos de rabia.

–Y le diré una cosa, inspector. Toda esa gente adora a la Santita, son devotos, pero no les costará nada convertirse también en sus soldados. Soldados de la Fe.

El Obispo ha levantado su dedo índice para darle más fuerza a su advertencia. Machuca no sabe si va dirigida a él o al mundo entero. El inspector asiente con la cabeza. Comprendo, quiere decir con ese gesto. Pero no entiende nada, y además se le está haciendo tarde, así que abandona el despacho del Obispo, después de desearle buenas noches.

Figuroa está tomando fotos del esqueleto. A través del visor contempla en qué ha quedado reducido, casi en polvo. Incluso a él le llega a impresionar la imagen. Machuca lee, de nuevo, la tarjetita. En nombre de Dios. Mira al altar. No puede encontrar relación entre una cosa y otra.

A Machuca no le gustan los acertijos, ni las complicaciones. Si le cae un muerto, se lo quita de en medio enseguida, la culpa es del narcotráfico, o de los celos. Asunto resuelto, caso cerrado. Ni su sueldo era tan alto ni le quedaban tantos años de vida como para meterse en profundas indagaciones. Él no era detective, solo un policía cansado. Por eso, observando el panorama, frunce el ceño. Han matado a la Niña Blanca, han matado a la Niña Blanca, grita una vieja, fuera de sí. Machuca la mira con extrañeza. El comisario es consciente de que está en problemas. Sabe que un muerto es preferible a ese esqueleto hecho talco. Que estuviera Dios o no por en medio le importaba un carajo.

Pero algo tiene que hacer. Por ejemplo, irse.

Y se dispone a hacerlo cuando empieza a cerrarle el paso un cinturón de hombres. Han aparecido ya por el Santuario, a pesar de que es la una de la mañana. Pero no hacen falta periódicos que pocos o casi nadie podrá leer. El barrio se rige por sus propios canales de comunicación, y la noticia del ataque a la Santa Muerte ya no la conocen solo el inspector, el Obispo y Figueroa. Corre de boca en boca, de casa en casa. Por eso ya hay un grupo de hombres esperando a Machuca. Lo miran silenciosos. Identifica a alguno de ellos, por ejemplo a Toti. No es difícil distinguirlo, porque siempre lleva puesta una camiseta del Real Madrid. Ni siquiera ha cumplido dieciocho años, pero ya anda pegando tiros por ahí, amparado por la Santa Muerte, que lleva tatuada en la espalda. Dicen que es un buen pistolero, el mejor que tiene el Zar, que lo quiere como a un hijo. Morirá joven, concluye Machuca. Lo que le extraña es que a su lado no aparezca el Chino. Van siempre juntos, haciendo sus travesuras por todo el Distrito Federal.

Reconoce otros rostros, los ha visto en alguna de las redadas que ha hecho por allí, en busca de laboratorios de pirateo. Era un trabajo inútil, pero tenía que hacerlo aunque solo sea para guardar las apariencias.

Llegan desde todas las calles, sin parar, hasta que Machuca se ve rodeado por una masa compacta. En sus ojos se repite la misma rabia que ha visto en los ojos del Obispo. Lo único que los diferencia es que el Obispo no va armado y ellos sí, a ninguno le falta su cuerno de chivo, el fusil AK-47 que conviene siempre llevar encima por si las cosas se ponen feas en el barrio bravo. Si quisieran, podrían hacerle a Machuca lo que en nombre de Dios, habían hecho con el esqueleto. Vaya, aquí están los soldaditos, se dice el inspector, estudiándolos con sus ojos cansados.

Le dirigen miradas de reproche, como si él fuera el responsable de lo ocurrido. Nunca le había gustado aquel barrio, no era conveniente meterse allí, ni a buscar DVD piratas, ni nada. Los hombres siguen observándolo, inamistosos. Machuca calcula los metros que lo separan de la calle. Son demasiados.

Figuroa cruza una mirada con el inspector. Parece que piensa lo mismo.

—¿Nos vamos?

Machuca tarda unos segundos en responder. No lo hace hasta que comprueba que lleva bien guardado en el bolsillo derecho del pantalón la tarjeta con la frase de maras.

—Sí, hay que ponerse a trabajar.

Y aquellas palabras están más bien dirigidas a todos esos hombres que no dejan de mirarlo. No lo entiende, él nunca se había metido con ellos. Ellos tenían su negocio y Machuca, el suyo. Perro no come perro. Él era un tipo listo, no creía ni en Dios ni en la justicia, quería llegar a viejo. Así que la conclusión era tan fácil como sumar dos y dos. Vive y deja vivir. El barrio no tenía motivo de queja. Por eso entiende aún menos por qué lo miran de esa forma.

La muchedumbre concentrada en la casa de la Santa Muerte estalla en un grito unánime:

—¡Se ve, se siente, la Santa está presente!

Machuca aprovecha para alejarse del altar. Con un poco de suerte, llegará al coche. Tiene que abandonar esa parroquia. Los gritos se hacen más fuertes, pero le dejan abrir la puerta. Se sube al Mustang, arranca el motor y pisa el acelerador.

Una frase rebota en su cabeza: en nombre de Dios. Tonterías, se repite. Abre la ventanilla para tirar la tarjetita. Anda en esa operación cuando el teléfono móvil se pone a ejecutar su extraña danza sobre el salpicadero. Contesta, aunque conoce de sobra el número. Es de la comisaría.

—¿Está seguro?

—...

—De acuerdo. Ahora voy.

El inspector suelta un *puta madre*, tan fuerte que queda vibrando varios segundos en el interior del Ford Mustang.

Hoy no es su día. Acaban de encontrar otro altar destrozado. Alguien le había declarado la guerra a la Santa Muerte.

En nombre de Dios.

Dos

CUANDO SU JEFE LE DIJO QUE TENÍA QUE VIAJAR A México, Daniela Ackerman arrugó la nariz. No le traía buenos recuerdos del país. Hacía tres años que había vivido una historia de amor, o lo que fuera aquello, y todavía le sangraba en alguna parte de su cuerpo. Una relación que la había llevado a odiar la comida picante, a tirar a la basura todos los boleros de Luis Miguel y a una baja laboral de un mes, la única que se había pedido en toda su vida. Después de Marcelo había sido incapaz de enamorarse de nuevo. Todavía se le removía algo por dentro cuando veía en televisión imágenes del Distrito Federal. Era una cicatriz que todavía latía. Y ahora Vargas quería que tomara el primer avión y volara hacia allí, donde había sido tan feliz y tan desgraciada.

Su jefe apartó de su mesa de nogal unos papeles que le estorbaban, se aclaró la voz y se dispuso a contarle de qué iba el nuevo caso en el que iba a trabajar.

—Hace un año comenzaron los preparativos para celebrar el centenario del nacimiento de Frida Kahlo. Ella mentía sobre su edad. Quiso hacer creer al mundo que había nacido el mismo año del comienzo de la Revolución Mexicana. Pero no nació en 1910, sino tres años antes. Hace unos meses, al realizar unas reformas en la Casa Azul, los albañiles descubrieron un cuarto que estaba tapiado. Aparte de telarañas, encontraron tres baúles. Pues bien, ahora que se celebra en todo el país su nacimiento, en México se han atrevido a abrir los tres baúles cerrados

hasta hoy. Se creía que contenían documentos muy comprometedores para Frida, dada su vinculación al Partido Comunista. Los dos primeros estaban cargados de objetos personales, de dibujos, de datos nuevos sobre el historial clínico de la mexicana... Pero lo interesante lo guardaba el tercero: cartas, muchas cartas, cartas que Frida escribió y recibió sin parar. Y una de ellas se la remitió León Trotsky. Hacía referencia a un cuadro, nunca catalogado, porque nunca había existido. Durante todo este tiempo la gente que ha leído el documento no ha parado de darle vueltas a la cabeza. La carta muy extensa, de nueve hojas, habla de un cuadro que Frida había dedicado a Trotsky, un cuadro que Frida había ocultado a la historia. ¿O era una pura invención, como la fecha de su nacimiento con la que había jugado para despistar a sus biógrafos? La misiva lleva fecha de 1937. En ese momento, Trotsky todavía era huésped de Diego Rivera y Frida Kahlo en la Casa Azul, aunque por poco tiempo, y no por el propósito de Ramón Mercader de quitárselo de en medio, no, es que su romance con la mexicana había acabado. De eso habla su carta, de sus amores y de este cuadro que Frida quiso regalarle.

Vargas le extendió un *dossier* en el que venía detallada toda la información que acababa de transmitirle. Ella le dedicó una mirada distraída. Vargas captó la expresión escéptica que apareció en el rostro de Daniela. No sabía si la culpa la tenía el cuadro de Frida o los recuerdos de Marcelo. Se inclinó por lo segundo.

—¿No lo has olvidado, verdad?

Ella levantó los ojos de las páginas del *dossier*. Siempre le incomodaba hablar de cosas del pasado, y más cuando estaban relacionadas con hombres. Había parcelas de su vida en las que nadie, ni siquiera Vargas, podía entrar, por mucho que fuera algo más que su jefe.

Vargas prefirió dejar el tema. Era mejor hablarle a Daniela Ackerman del cuadro.

–Y el asunto se complica porque, a los pocos días de difundirse esa información, robaron un cuadro de una galería situada en la calle Revolución. El hecho no tendría nada de particular si no fuera porque el hombre que la dirige es un experto en la obra de Frida Kahlo, y en los últimos años ha vendido alguna de sus obras a precios astronómicos.

–¿Cómo se produjo el robo? –preguntó Daniela.

–De lo más sencillo: un coche se paró delante de la galería, se apeó un tipo y otro se quedó esperando, con el motor en marcha. A los cinco minutos escaparon con el botín.

–O sea que iban a tiro fijo.

–Sí, sabían perfectamente lo que buscaban. De hecho, no se llevaron nada más de la galería, a pesar de que tenía material muy interesante.

–¿Qué descripción hizo de los ladrones el galerista?

–La policía llegó tarde para tomarle declaración. Para cuando apareció por la galería, el hombre no estaba ya para muchas explicaciones: le habían partido el cráneo con un objeto contundente.

Daniela no pudo reprimir un gesto de repugnancia.

–Lo más extraño –prosiguió Vargas– es el objeto que se empleó para darle matarile al galerista: una reproducción de la Santa Muerte.

–¿Santa Muerte?

–Sí. Es una creencia que se ha extendido en México. Le rinden culto narcotraficantes y policías, por igual. Está representada por la imagen de un esqueleto al que visten con traje de novia.

A Daniela Ackerman se le escapó una sonrisa burlona.

–Ríete, pero esta especie de religión tiene en México ya más de cinco millones de fieles. Para estos tiempos en que la fe cotiza a la baja, no está mal. Mira, ahí tienes una fotografía de la Santa Muerte.

La imagen era estremecedora. Se trataba de un esqueleto vestido con un traje de novia, blanco. Las falanges de la mano derecha agarraban una guadaña. Con la izquierda sostenía un globo terráqueo. A Daniela se le quitaron las ganas de sonreír. Viendo la fotografía aún le quedaron menos ganas de viajar a México, pero Vargas no le iba a dar elección. Abrió el portafolios forrado en cuero que siempre tenía en su escritorio y sacó un billete de avión.

—¿Sabes lo que dicen de la Santa Muerte? —le preguntó su jefe, acomodándose en el sillón que presidía su despacho.

—Adelante.

—Que es muy vengativa y que hay que cumplirle porque si no se enfada.

—No te preocupes. Si vencí a Marcelo, no voy a dejarme ganar por una mujer vestida de novia. Mi problema nunca han sido las mujeres, sino los hombres.

Ahora fue Vargas el que sonrió. Le gustaba ver a Daniela con esa determinación. Era la mejor detective que tenía en su empresa, con diferencia. Era verdad que tenía momentos en los que le flaqueaban las fuerzas, por culpa de los hombres o de las pasiones, o simplemente por culpa de cruzar sola la frontera de los treinta años. Pero por mucho que a Daniela Ackerman los accidentes del amor o los sentimientos le echaran a la cuneta, porque en esta vida uno nunca está libre de pisar una mancha de aceite y salirse en la curva más tonta, siempre volvía al camino sin perder su olfato de sabueso. Y para dar con el cuadro atribuido a Frida Kahlo iba a tener que agudizarlo. Ni Vargas ni la propia detective podían imaginar hasta qué punto.

Vargas se giró en el sillón y examinó la pantalla del ordenador que tenía a la izquierda. Había recibido un correo nuevo. Lo leyó con atención. Pero Daniela Ackerman no quería que se distrajera en ese momento. No paraba de darle vueltas a la cabeza y tenía muchas dudas.